

mino, un edificio, un banquete, una estatua, una reunión ó un baile; allí aforcaba, preparaba convenientemente sus placas, para imprimir fotografías, que hoy exhibe al público, sin preocuparse de las fisonomías ni posturas de los retratados, que al verlos algunos muy bien pueden decir—con su pan se lo coman—*ese soy yo, aquél es mi compadre, aquí está mi pueblo*.....

Luis González Obregón.

A los que la presente vieron

Me complazco en seguir la discreta usanza de los antiguos maestros, declarando con verdad y antes de que se empiece "por la señal de la Santa Cruz" la lectura de este libro, que, si algo hay en él que parezca ó sea contradictorio á las creencias religiosas; ya se trate de las que define y mantiene con inquebrantable fé el Santo Padre de Roma, ó las de los Vedas, Zoroastro, Mahoma y otros de su linaje; si algo hay que se juzgue ofensivo á las más puras doctrinas, se repite, desde luego, por falso, contrahecho, no escrito, ni dicho, ni mucho menos imaginado. No quiero que me inscriban en el Índice, ni que me condenen por fautor de herejía y pravedad, y sean dignas mis obras de ser arrojadas al fuego. La misma *jurisprudencia* deseo que se aplique en lo que atañe á cosas de moral y relativas á las buenas costumbres. Porque "el respeto al derecho ajeno es la paz," y estoy muy lejos de disputarme cómplice, coautor ó amigo de quienes se empeñan en la obra pecaminosa de la corrupción de las gentes y hasta de los dichos y usos de los mundanos. Me confieso partidario de las buenas ideas, las buenas obras, las buenas formas, y los nobles ejemplos. Abomino, por lo tanto, del "género chico," las funciones por tandas, los bailes á escote vil, el juego y los suicidios que son su natural consecuencia. Mi libro es inocente y honrado. No empañará la castidad de la doncella, ni alarmará la recta vigilancia de la madre de familia, ni turbará la honesta quietud de la viuda y la grave circunspección del caballero; es un libro bonachón, burgués, que desea tener vía libre por donde quiera y hasta ser leído y comprendido por los ilustres jóvenes, que, ocupados en el loable ejercicio de manejar automóviles y estudiar las abstru-

sas cuestiones que al espíritu investigador ofrecen los inescrutables secretos del *Baccarat*, jamás disponen de tiempo ni voluntad para la lectura y otros entretenimientos de la misma hebra.

Hecha esta explicación, los errores que contenga mi obra, cárguense á la cuenta de mi ignorancia; sus defectos acháquense á mi escasez de luces; su incorrecto estilo, á la torpe mano que la escribió y su desaliño á que parte de ella fué destinada á un periódico y tuve que redactarla con plazos perentorios y circunscribiéndome al espacio determinado que hablan de ocupar sus capítulos; téngase todo esto entendido para que no se tilde al autor de haber abrigado torcidos fines, ni dañosos intentos.

Una parte de esta obra, como llevo dicho, se publicó hace tiempo, bajo pseudónimo, en las columnas del *Cómico*, formando una serie de artículos que fueron brillantemente ilustrados por los reputados artistas Alcalde y Olvera, bajo la dirección del Sr. Murguía editor del periódico. La aprobación que alcanzaron entonces, y el consejo de numerosísimos amigos que me han indicado la conveniencia de volver á dar á la estampa aquellos artículos, me mueve á reimprimirlos, agregando á los ya conocidos, el número de capítulos indispensables en la obra, para armonizar y completar el plan novelesco de los asuntos que trata.

Esto es cuanto tenía que decir (y ya es demasiado) respecto á "El Sr. Gobernador." No es un advenedizo, sino un antiguo conocido del público que le prodigó su benevolencia. No he dado á este libro el título de novela, porque sería innierecido, no conteniendo más de la deslucida relación de cosas enteramente vulgares, sin que las preceda muy maduro análisis, ni entrañen espíritu tendencioso.

Si el volumen que lanzo al mercado literario se vende, bueno; si los lectores lo reciben con el agrado que ambiciono, tanto mejor; que con salud se los remunere el cielo y *laus Deo*.

México, 1901.

M. H. San Juan.

CAPITULO I.

Bajo relieve del frontis.

POR las principales calles de la capital de México, discurría y se solazaba hace algunos años, un caballero de busto legítimamente indígena, estatura poco más que mediana, recio de carnes, apostura marcial, aire arrogante; ya maduro por los años, todavía verde por sus miradas á las mozas, afeitado como un clérigo, luciendo «la curva de la felicidad» y desbordando sobre el cuello de la camisa, amplio y carnudo colodrillo.

Vestía el tal un traje á la moda corriente, con levita de amplios faldones que nunca abandonó, lo mismo que el invariable sombrero de copa, y un bastoncillo ó caña grácil que hacía verdadero contraste con la corpulencia de su dueño.

Se le veía cotidianamente en el paseo, comía de vez en cuando en las fondas de más notoriedad, tomaba con hora fija el